

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 281.

MADRID 16 DE OCTUBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



COSTUMBRES.

UN CHAPARRON REPENTINO.

Después de un día de brillante sol é insoponible calor, en que el cielo ha lucido el hermoso azul que ostenta generalmente en Madrid, empieza á encapotarse por instantes, y la atmósfera á tomar un color ceniciento, en extremo triste; el viento silba un momento con fuerza, haciendo golpear las puertas y vidrieras, que producen un ruido seguido, semejante á un fuego graneado, no sin gran alegría de los hojalateros, que ven ya asegurada abundante obra por algun tiempo; pocos minutos después se apacigua el aire y caen repentinamente copiosas y gruesas gotas de agua.

Observemos según nos lo permita la poca luz de que podemos disponer en un atardecer nubado el curioso cuadro que ofrecen al observador las calles de la capital al fulgor de los relámpagos y el ruido de los truenos.

Los paseos se desordenan y las gentes se apresuran á internarse en las calles, las señoras se lamentan del deterioro á que se hallan espuestos sus sombreros ó mantillas, del deslucimiento de sus vestidos ó de sus chales; en semejantes momentos, por librar del agua cualquiera de estas prendas, no reparan en enseñar el feston de las enaguas, el calado de las medias, y hasta el color de las ligas... Para los aficionados á ver pantorrillas, un chaparron repentino es el suceso mas feliz que puede acontecer; en tales casos se les proporcionan deliciosas investigaciones que hacer.

El hortera y el empleado, el mancebo de barbería y el oficial de sastre, todos los que llevan su traje de día de fiesta, y cuyo sombrero conserva aun el brillo y lucimiento que sacó de la fábrica, echan á correr hácia un lado, las mugeres hácia otro, los chiquillos hacen otro tanto, pero esto les divierte; los bolleros, fosforeros y demas dueños de puestos ambulantes corren tambien con su tienda.

Los habitantes de la coronada villa parecen ó locos, ó gentes que han hecho apuesta á quien mas corre.

Los arroyos van á poco rato de acera á acera; por estas no se puede transitar, porque los canales se cruzan, y desdichado el que reciba semejante torrente encima.

En estos momentos los carruajes corren á escape, los omnibus están siempre llenos, y aunque desde bien lejos la gente les hace señas para que paren, no se detienen porque el tiempo es soberbio para ganancias, y no hay instante que perder en contestaciones.

La gente toma á la carrera los portales, pero suele suceder que como no hay luz todavía en ellos, los primeros que entran se meten en agua hasta las rodillas; los carpinteros del patio tienen tapado el albañal con virutas, y no pudiendo salir por este conducto, ha roto por debajo de la puerta el agua y convertido el lugar de la escena en un pequeño estanque.

La mala situación de las personas que han encontrado esta especie de asilo, no les impide reir y burlarse de los que pasan por la acera del frente.

Allí se vé un lugareño que saca el pañuelo del bolsillo y se apresura á tapar con él su sombrero. En menos de un minuto el pañuelo está como una sopa; sin embargo, su dueño va persuadido de que así no estropea el sombrero.

Aquella señora que tiene un elegante vestido de seda, acaba de enseñar unos bajos llenos de pingos.

Aquella otra que lleva flores y adornos en la cabeza, pone en público una saya remendada con pedazos de todos los colores del Arco-Iris.

La fregona que vuelve de paseo, llora porque su vestido de cotton ha tomado un color indefinible.

Los arroyos crecen, los pontones de madera no bastan ya á abarcarlos, algunos se determinan á pasarlos a rudo.

Quién tira á otro el sombrero en el arroyo con la ballena de un enorme paraguas de percal, color de guinda, dejándole descubierta la cabeza debajo de un canalon; quién introduce otra en el ojo del que doble la esquina, á uno se le vuelve al revés el paraguas, y recoge en el momento agua para darse un baño; por otro lado se tropiezan dos que corren en distintos sentidos, en ocasion que un perro pasa tambien corriendo, se atraviesa entre las piernas de ellos y caen rodando en el lodo.

Todo esto divierte á nuestros refugiados en el portal, que rien de la ropa que está puesta á secar en la boardilla de la casa que tienen delante, y presencian escenas como esta.

Llega corriendo un hombre y pega cuatro aldabazos en la puerta de la casa del frente, la vecina de la inmediata que es una muchacha traviesa, con no pocas ganas de reir á costa del prógimo responde.

— Quién?

— Abre, dice el cuitado creyendo es la voz de su muger.

Pasa un cuarto de hora y nadie baja, nuestro hombre vuelve á llamar.

— Quién? responde la misma voz.

— Abre con mil diablos.

Otro cuarto de hora pasa sin que consiga el paciente mas que calarse de pies á cabeza, entonces

coge la aldaba y da unos veinte golpes, que son contestados por otros tantos quiénes de la vecina; el hombre empieza ya á perder del todo la paciencia, cuando por fin bajan de otro cuarto á abrirle.

A poco rato se sienten grandes gritos en la misma casa y aparece en el dintel de la puerta una muger dando voces. — Borrachoul — Tunantel — Bon! favor, señores! que mi marido me quiere matar, solo porque me he dormido y no le he sentido llamar.

Los que están en el portal á pesar de que sigue lloviendo acuden á poner naz.

El marido dice. — No señor; no es que se haya dormido, sino que estaba dando lugar para que yo no encontrase con ella á...

— Bueno, dice un señor grueso, que se ha erigido en juez, pero no hay que pegarla, Vd. la reñirá, pero golpearla no...

— Si señor que la sacudiré.

— Pues yo digo que no la pegará Vd.

— Si señor que me pegara; dice ella: para eso es mi marido, qué le importa á Vd., no le dan á Vd. veia para este entierro; quién le mete á Vd. á procurador de pobres; no se meta Vd. en camisa de once varas, si le sobra á Vd. con una.

Al oír esto, la gente se aleja riendo, vaya Vd. á meterse en cuestiones matrimoniales.

Ya no llueve, y solo alguna gota que otra cae de los tejados en las narices, ó en cualquier otra parte saliente; ya se cierran los paraguas, excepto los que han servido para armar conversacion y entablar relaciones con alguna persona, pues dueños de aquellos quieren continue lloviendo, porque este instrumento es muy útil en semejantes casos. El ofrecimiento de medio paraguas en un chaparron repentino, es siempre bien recibido, aunque esté sostenido por un brazo perteneciente á un hombre fastidioso, pesado, ridículo, feo, chiquitín, y aun jorobado.

EL INCOGNITO.

REVISTA DE TEATROS.

Para el segundo tomo de los *Españoles pintados por sí mismos* escribirán la *Monja* el señor Gil y Zurate, *El gitano* el señor Calderon (don Serafin) *El baratero* el señor Rubí, *el Grande de España* el señor Azcona.

Aun no hemos tenido el gusto de leer la oda á *Sevilla* del señor don Ventura de la Vega, y presumimos que no se ha publicado; antes debiéramos haberla visto nosotros siquiera porque le adjudicamos el premio en profecía. Con todo tarde ó temprano la analizaremos: en crítica no hay prescripciones.



EL ESTUDIO DE BARTOLINI EN FLORENCIA.

Al entrar en Florencia por la puerta de Pisa se pasa por una calle triste y sombría que contrasta admirablemente con el delicioso valle del Arno que ha quedado detrás, y no muy lejos de ella llama la atención del viajero por su carácter artístico una fachada monumental: el edificio á que pertenece es el taller de Bartolini, del Fidiato toscano.

No todos son admitidos á visitar el palacio del gran escultor; los príncipes y lores hacen muchas veces antesala para entrar en el estudio, pero el artista, el que visita los monumentos de la Italia, el poeta, el músico tienen siempre libre el paso hasta Bartolini, que les dice como la madre de Aristeo.

Fas vobis limina divum.

Nada recuerda tanto los antiguos talleres de Praxiteles ó de Scopas como aquella morada henchida de la magestad del arte; las bóvedas de los salones se elevan á la altura de setenta pies para dejar que las estatuas calientes aun por el contacto de los escoplos y buriles respiren á su sabor; piezas enormes de mármol se oponen á los pasos y á la admiración de los curiosos; jóvenes discípulos del artista, hijos de las inmediaciones de Florencia, trabajan sin cesar desgastando los mármoles á fin de que se empleen en ellos los cincelos del maestro: el suelo se ve cubierto de un polvo blanquizo y brillante, mas suave para los pies de Bartolini que el césped de los Cascinos ó que la maltesa de las orillas del Arno.

Yo, pobre y desconocido, como Anacharsis el Scyta, entré en el taller, del mismo modo que él se presentó en el del escultor de Atenas, lleno el corazón de un santo respeto, con los cabellos herizados y el rostro cubierto de mortal palidez.

abrióse una puerta pequeña, puerta sagrada, prohibida á los profanos, y tuve la fortuna de sorprender á Bartolini en medio de las inspiraciones del arte: hallábase circundado de una nube de polvo de mármol, con los brazos desnudos la frente erguida y los ojos radiantes y fijos en el cielo. Recibíome con sincera cordialidad, sin cumplimientos ni altivez, y por mi parte supe dar el valor debido al sencillo orgullo del artista que al iniciarme en los mas secretos misterios de su imaginación creadora, me concedía este favor con el mismo agradecimiento que si yo se le otorgase. A poco rato se mostró silencioso y permaneció en pie con el cincel en la mano delante de la mas querida de sus creaciones, la *Bacante* célebre ya en Italia, á pesar de que no ha salido del taller de su dueño. Ya nada vi á mi alrededor porque aquella divina estatua embargó mis sentidos con tan fuerte ilusión que di varios pasos atrás involuntariamente, como lo hubiera hecho por respeto al sorprender á una hermosa joven desnuda en su lecho. Imposible es imaginar otra imagen que reuna á la suavidad de su postura tanta gracia en las ondulaciones de sus miembros; estaba muellemente recostada sobre el lado izquierdo, replegada con voluptuosidad la parte superior del cuerpo, y haciendo traición á todas sus gracias por el delicioso abandono con que parecia querer cubrirse. ¡Cuántas doncellas toscanas habrán contribuido con el contingente de su belleza especial para dar vida á aquel mármol! La *Bacante* se ha enriquecido, se ha perfeccionado con los dones de veinte modelos. ¡Cuántas mugeres han sido necesarias para formar una sola!

El escultor Bartolini admira las obras antiguas pero no las copia; estudia la naturaleza que vale algo mas que la antigüedad.—Si tuviera que hacer un Apolo, me dijo, buscaría el hombre físico con el mismo anhelo que Diógenes buscaba el hombre moral; no iría á inspirarme al Belvedere

del Vaticano delante de la mas hermosa estatua de este Dios; no: haria lo posible por encontrar formas divinas entre los mortales, porque la naturaleza nunca nos engaña, y estoy seguro de que el Apolo del Belvedere se rompería en mil pedazos si por un milagro se pudiese en movimiento. Sin embargo, es preciso confesar que los modelos acabados no existen; la naturaleza concede á cada hombre una perfección entre dos defectos, y demas me veo obligado á elegir aquellos modelos que se dejan copiar por especulación, á pesar de que no omito diligencia ni dinero para adquirir los mejores, y cuando no los encuentro en Florencia me los procuro en las aldeas vecinas. Mirad esa joven, añadió señalándome una niña de trece años que estaba sentada en un sofá. ¿Qué os parece?—No pude menos de sonreirme.—Ya os entiendo: creéis que tiene los ojos muertos, ¿no es verdad? Pues vais á verla.

Al punto mandó á la joven que se pudiese en actitud de orar; la joven cayó de hinojos á nuestros pies, inclinando un poco la cabeza hácia el hombro derecho. Estaba sublime en aquel momento; retratóse con vivos colores el pudor virginal en sus mejillas; sus grandes y rasgados ojos negros se clavaron en la bóveda del salon.... era el bello ideal de la oración santa y pura dirigida al Altísimo con seráfico fervor.

¡La naturaleza! exclamó el artista; esa es la que debemos estudiar en el arte: poseamos es cierto muchas obras maestras entre nuestras estatuas antiguas pero no he copiado de ellas un solo dedo, un tendón para los pies de mi *Bacante*: mientras haya mugeres al alcance de mi vista trataré de descubrir ya en una, ya en otra la verdadera perfección de los miembros que necesite trabajar; esta me dará la boca, aquella la garganta... yo me apropiaré sus bellezas en detall, y mis obras serán buenas. Este es el secreto de mi arte.

TEATROS.

PRINCIPE.

A las siete y media de la noche.

- 1.º Sinfonía á completa orquesta.
- 2.º Duodécima representación de la comedia nueva, y en cuatro actos, y en verso, original de don Tomas Rodriguez Rubi, titulada

LA RUEBA DE LA FORTUNA.

PERSONAJES.

- Marquesa.
- Clara.
- Petronila.
- Zenon.
- Conde.
- Duque.
- Mauricio.
- D. Diego.
- Keen.
- Caballeros.

ACTORES.

- Sras. Diez.
- Lamadrid.
- Llorente.
- Sres. Romea (D. J.)
- Romea (D. F.)
- Sobrado.
- Guzm. (D. A.)
- Noren.
- Perez.
- García.
- Paris.
- Sanchez.

Ugieres.

- Portero.
- 3.º Juguete bailable, compuesto por D. Angel, Estrella, bailado por el mismo en union de las señoras Diez, Castillo, Lopez, Menendez y Barrio y de los señores Bagá, Piga, Hidalgo y Diaz.
- 4.º Terminará el espectáculo con un divertido sainete.
- En todos los intermedios tocará la orquesta piezas escogidas de óperas y Walses de Straus.

Lledó.

- Ornero.
- Fernz (D. J.)

CIRCO.

A las siete y media de la noche.

GIPSI O LA GITANA,

gran baile en 5 cuadros.

IMPRENTA DE BOIX.